

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber conservado milagrosamente vuestro pueblo, y preparado de este modo el reinado del Mesías. Concedednos la gracia de que estemos como Esther y Mardoqueo llenos de confianza en Vos en nuestros peligros, y de reconocimiento hácia vuestros beneficios.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *repetiré con frecuencia esta oracion: Jesús, dulce y humilde de corazón, tened piedad de mí.*

LECCION XLIX.

PREPARACION DEL MESÍAS.

Tercera monarquía vaticinada por Daniel.—La monarquía de los griegos.—Su misión.—Españar por todas partes el conocimiento de la lengua griega.—Pasa Alejandro á Oriente.—Jura exterminar á los judíos.—Dios le cambia el corazón.—La monarquía de los griegos atrae á los judíos á todas las partes del mundo,—da á conocer los Libros santos,—y asegura su autenticidad.—Misión de los romanos.

Las lecciones anteriores nos han hecho ver el cumplimiento de los dos primeros decretos de la Providencia relativos á la preparacion del Mesías, á saber: que el pueblo judío seria el depositario privilegiado de la gran promesa del Libertador y de la verdadera religion, y que el Mesías naciera de este pueblo en la Judea y de la familia de David.

Estaba igualmente decidido en los consejos del Altísimo que el reinado del Mesías, es decir, el Evangelio, se propagaria con rapidéz de un extremo á otro del mundo. Vamos á demostrar de qué manera han cooperado al cumplimiento de este tercer decreto del Omnipotente los acontecimientos peculiares del pueblo judío, así como el tercer imperio vaticinado por Daniel.

Dios habia suscitado el imperio de los persas para libertar á su pueblo del cautiverio de Babilonia, y volverlo á poner en posesion de la Judea. Los reyes de Persia cumplieron fielmente, tal vez sin saberlo, el encargo del soberano Árbitro. Habian vuelto á poblar la Judea sus antiguos habitantes, y estaban reedificados Jerusalem y el templo; los judíos se habian multiplicado á la sombra protectora de la monarquía de los persas, habian adquirido una consistencia fija, y constituido una nacion fuerte, rica y floreciente. Habiendo cumplido el imperio de los persas su misión, Dios le hizo pasar á las manos de los griegos. Esta nueva revolucion tenia por objeto servir á la obra futura del Mesías, y preparar desde léjos las sendas al Evangelio. Lo que distingue á los ojos del Profeta la tercera monarquía es la rapidéz con que se establece, y la extension que alcanza. *Des-*



pues de esto, estaba mirando, dice, y hé aquí como un leopardo, y tenía sobre sí cuatro alas como de una ave, y tenía cuatro cabezas la bestia, y le fue dado el poder <sup>1</sup>. Mas adelante Daniel continúa describiendo á Alejandro, y se expresa de este modo: *Y yo estaba considerando, y hé aquí que venia un macho cabrio de la parte de Occidente sobre la haz de toda la tierra, y no tocaba la tierra. — Y el macho cabrio se hizo muy grande, y cuando hubo crecido, fue quebrada su asta grande, y nacieron cuatro astas debajo de ella hácia los cuatro vientos del cielo* <sup>2</sup>.

Se halla indicada en este doble carácter, de rapidez y de extensión, la índole de la mision providencial encargada al imperio de los griegos. La historia nos lo va á explicar claramente, y á confirmar con los hechos el vaticinio del Profeta.

1.º La monarquía de los griegos preparó las sendas al Evangelio popularizando en todo el Oriente la lengua griega, es decir, la lengua en que debía anunciarse; y de esta suerte aseguraba Dios un curso mas libre á la predicacion de los Apóstoles, y una circulacion rápida á la doctrina del Mesias.

Ved como se muestra aquí al descubierto la accion de la Providencia: el paso de Alejandro á Oriente, segun todas las previsiones humanas, debía desbaratar el designio del Señor; pero el que hace los reyes, y alza y humilla los imperios á su antojo, supo dirigir el poderio de aquel fiero conquistador á la gloria del gran Libertador, y al establecimiento de su reinado eterno. Alejandro, que en su victoriosa carrera tocaba apenas la tierra, pues tanta era la rapidez de sus conquistas, habia ido á poner sitio á Tiro, cuya potente ciudad le detuvo seis meses. El terrible vencedor envió desde el pié de las murallas de Tiro mensajeros para intimar á los judíos que se sometieran á su dominacion y le enviaran auxilios. Los judíos se excusaron diciendo que habian prestado juramento de fidelidad á Darío, rey de Persia, é irritado Alejandro con esta respuesta, apenas venció á Tiro, marchó contra Jerusalem, resuelto á hacer en esta ciudad un segundo ejemplo de severidad.

Avanzaba anheloso de exterminar la nacion santa, cuando el gran

<sup>1</sup> Dan. vii, 6.

<sup>2</sup> Id. viii, 5, 8. — Es preciso ver en los Padres y en los intérpretes con que admirable precision corresponden todos estos rasgos á Alejandro y al imperio de los griegos de que es fundador. (Corn. à Lapid. in Dan.).

sacerdote, que se llamaba Jaddo, recurrió á Dios y dispuso rogativas públicas, y ofreció sacrificios para implorar su auxilio. Dios, que velaba por la conservacion de su pueblo y el cumplimiento de su promesa relativa al Mesias que debia nacer, se apareció en sueños al gran sacerdote, y le mandó que se esparcieran flores por la ciudad, se abrieran todas las puertas, y saliera revestido de sus hábitos pontificales al encuentro de Alejandro sin ningun temor de este Príncipe, porque le protegeria. Jaddo contó lleno de alegría al pueblo la vision que habia tenido, y se dispuso todo como se le habia prescrito en la revelacion. El gran sacerdote, acompañado de los sacrificadores y de los demás ministros con túnicas de lino, salió de la ciudad hasta un sitio elevado desde donde se descubria el templo y la ciudad de Jerusalem; y esperaron en este estado la llegada de Alejandro.

Quando se supo que se aproximaba, todo el pueblo salió á su encuentro con la pompa que se ha descrito. Alejandro quedó absorto al ver al gran sacerdote revestido de su efod, con su tiara en la cabeza y una lámina de oro sobre su frente, donde estaba escrito el nombre de Dios, y movido por el respeto se inclinó ante el Pontífice y le saludó con veneracion religiosa. Imposible es explicar la sorpresa de todos los circunstantes, que apenas daban crédito á sus propios ojos, y no comprendian un cambio tan inesperado. Parmenion, uno de los confidentes del Príncipe, no podia volver de su asombro, y le preguntó por qué adoraba al gran sacerdote, siendo él adorado de todo el mundo. Alejandro respondió: No adoro al gran sacerdote, sino al Dios de quien es ministro. Quando me hallaba en Macedonia y meditaba la conquista de la Persia, se me apareció en sueños este mismo hombre con el mismo traje, y me aseguró que su Dios marcharia conmigo y me daria la victoria contra los persas. Luego que he visto á ese sacerdote, le he reconocido por su vestidura y las facciones de su rostro, y no puedo dudar que no haya emprendido esta guerra sino por mandato y bajo la direccion del Dios que adora. Por este motivo le rindo homenaje en la persona de su ministro.

Alejandro abrazó en seguida á Jaddo, y entró en Jerusalem. Subió al templo donde ofreció á Dios sacrificios del modo que le indicó el gran sacerdote; le enseñaron las profecías de Daniel que anunciaban la destruccion del imperio de los persas por un rey de Grecia, y transportado Alejandro de alegría y admiracion, concedió á los judíos todo cuanto deseaban.

El imperio de Alejandro, cuyo objeto era facilitar la predicacion



del Evangelio, esparciendo á lo léjos el conocimiento de la lengua griega, se extendió, por consiguiente, mucho mas que el de los persas, pues además de una gran parte de África, comprendía todos los países que hay entre el Ganges y el mar Adriático. La Providencia, que habia elegido á Alejandro para instrumento de sus designios, le sacó del mundo luego que terminó su mision. Estaba profetizado que se dividiria su imperio, y que de sus restos se formarían cuatro nuevos imperios; y todo se efectuó sin discrepar en un ápice.

2.º La monarquía de los griegos preparó las sendas al Evangelio trayendo á los judíos á la mayor parte del mundo. En primer lugar, muchos se alistaron en los ejércitos de Alejandro y le siguieron en sus expediciones, y en segundo lugar, los judíos se esparcieron por todo el Oriente bajo el reinado de sus sucesores, es decir, durante un periodo de unos doscientos años. Atraídos por las promesas, favores y puestos ventajosos con que los príncipes griegos les honraban en todas partes á causa de su inviolable fidelidad á su soberano, fueron en gran número á establecerse en toda la extension del grande imperio de Alejandro. Si los judíos, hasta entonces reducidos en su patria, se dispersaron de este modo por casi todas las comarcas del Oriente, no fue sin un designio señalado de la Providencia; como nuevos misioneros, dieron á conocer el verdadero Dios á aquellos diferentes pueblos, y de este modo los prepararon con tiempo á recibir un día la luz del Evangelio. Es admirable que el comercio, que les habia sido tan peligroso en otro tiempo, solo sirvió entonces para hacerles mas celosos por el verdadero culto y mas adictos á su ley. Así pues, la Providencia arreglaba todas las cosas para facilitar la ejecución de la grande obra de la redencion.

3.º La monarquía de los griegos preparó las sendas al Evangelio haciendo célebres, dándolos á conocer á lo léjos, los libros de los judíos, es decir, Moisés y los Profetas. Hé aquí de qué modo se verificó este hecho capital: Ptolomeo Filadelfo, rey de uno de los cuatro reinos formados con los vestigios del imperio de Alejandro, acababa de subir al trono, y tenia bajo su dominacion entre otras provincias el Egipto, cuya capital era Alejandria. Este Príncipe, amante de las ciencias y de las letras, fundó en esta ciudad una rica biblioteca, donde reunió los libros mas raros y curiosos de todas las comarcas del mundo, y fue muy pronto el punto de reunion de los sabios de Oriente y Occidente. Habiendo llegado á noticia de Ptolomeo que los judíos tenían un libro que contenia las leyes de Moisés

y la historia de este pueblo, concibió el designio de hacerlo traducir del hebreo al griego para enriquecer su biblioteca. Dirigióse al gran sacerdote Eleazar que habia sucedido á Jaddo, y envió embajadores encargados de una carta muy oficiosa y de magníficos regalos. Estos enviados fueron recibidos con toda clase de honores, y alcanzaron sin dificultad lo que pedia el Rey.

Eleazar les dió una copia exacta de la ley de Moisés, escrita en letras de oro, y la hizo acompañar por seis ancianos de cada tribu para traducirla al griego. Ptolomeo colmó de muestras de amistad á los setenta y dos intérpretes, y mandó que les preparasen una casa y les proporcionasen todo lo necesario. Pusieron manos á la obra sin pérdida de tiempo, y la obra se acabó muy pronto: es lo que se llama la *Version de los Setenta*. Fue leida y aprobada en presencia del Rey, quien admiró especialmente la profunda sabiduría de las leyes de Moisés, y despidió á los intérpretes con ricos presentes para ellos y para el templo de Jerusalen.

4.º La monarquía de los griegos preparó las sendas al Evangelio, probando de un modo incontestable la antigüedad y la autenticidad de las profecias y de los demás libros sagrados.

La verdad de esta proposicion se desprende de la traduccion misma, cuya historia acabamos de contar. En efecto, es cierto que bajo el reinado de Ptolomeo, mucho tiempo antes del nacimiento de Jesucristo, se hizo en Egipto una version griega de los Libros santos, cuya version poseemos todavia. Todas las profecias que contiene y que hemos citado respecto del Mesías, son pues incontestablemente anteriores al Evangelio. No solamente su existencia sino hasta su publicidad han precedido de muchos siglos á los acontecimientos que forman su objeto; además, hallándose la traduccion de los Libros santos en manos de las naciones paganas, era imposible á los judíos alterar el Antiguo Testamento, ó borrar lo concerniente al Mesías.

Así pues, el resultado de la version de los Setenta y el beneficio mas precioso de la monarquía profetizada por Daniel consisten en hacer incontestable la autenticidad y popularizar el conocimiento del libro divino, del cual cada página anuncia el Mesías. ¿Quién no ve claramente que tal era el principal designio de Dios entregando todo el Oriente á los griegos, y conservándolos allí á pesar de sus divisiones? Se comprende entonces fácilmente por qué hizo que al imperio de los persas sucediera el de los griegos, cuya lengua se propagó en todos los pueblos que habian sojuzgado, y que era evi-



dente que queria preparar una cómoda senda á la predicacion del Evangelio, que no estaba muy lejana, y facilitar por medio de esta comunidad de lenguaje la reunion de todos los pueblos en una misma sociedad, en una misma doctrina, y en un mismo culto <sup>1</sup>.

Cuando la monarquía de los griegos cumplió su mision, Dios la hizo caer en el vasto océano del imperio romano.

Hé aquí el último y el mas temible de los cuatro imperios que vió Daniel en los lejanos siglos. ¿Cuál será su mision? Estaba vaticinado que el reinado del Mesías se estableceria con rapidez por toda la tierra, y que él mismo naceria en Belen cuando el poder soberano saliese definitivamente de la tribu de Judá. El imperio romano está encargado de cumplir este decreto en sus dos partes.

En cuanto á la primera, no era bastante que los judíos, preparadores evangélicos, se esparciesen por Oriente y Occidente desde el paso de Alejandro, y que Europa, África y Asia, entendiendola lengua griega, pudiesen enterarse fácilmente por medio de los mismos hombres, sino que era además preciso facilitar á los apóstoles de la buena nueva una libre circulacion de un extremo á otro del mundo, y era preciso, por fin, que el género humano no formase mas que un solo cuerpo, para animarse mas pronto del mismo espíritu.

<sup>1</sup> San Juan Crisóstomo <sup>1</sup> considera como uno de los mayores milagros de la Providencia divina el que un rey bárbaro, extraño á la verdadera religion y enemigo de la verdad y del pueblo de Dios, mandara traducir la Escritura en griego, y que esparciera por este medio el conocimiento de la verdad entre todas las naciones del mundo. San Agustin se expresa del mismo modo <sup>2</sup>. «Los judíos, dice, no querian comunicar á los extranjeros, por célos ó por escrito, las santas Escrituras, y Dios se valió de un rey idólatra para proporcionar esta ventaja á los pueblos gentiles.» *Libri quos gens iudæa cæteris populis vel religione, vel invidia, proderet nolebat, credituris per Dominum gentibus, ministra regis Ptolomæi potestate tanto ante proditi sunt.* «¿Qué puede faltar á la autoridad de esta version, dice san Hilario <sup>3</sup>, la cual se hizo antes de la venida de Jesucristo, y en una época en que no puede sospecharse que los que trabajaron en ella quisieran lisonjear al que estaba anunciado, ni acusarles de ignorancia, pues eran los jefes y doctores de la Sinagoga, enterados de la mas secreta doctrina del Mesías, y revestidos de toda la autoridad que pertenece á los doctores de Israel?» *Non potuerunt non probabiles esse arbitri interpretandi qui certissimi et gravissimi erant auctores docendi.*

<sup>1</sup> Homil. IV in Genes.

<sup>2</sup> De Doctr. christ. lib. II, c. 13, et serm. XLVIII in Joan.

<sup>3</sup> Hilar. in psalm. II; vide et Euseb. *Preparat.* lib. XIII, c. 1.

Abrir por todas partes anchas sendas, borrar todas las nacionalidades, derribar todos los limites que dividian los diferentes pueblos, nivelar el suelo, formar de todas las naciones una grande unidad material que permitiera recorrer sin obstáculo la tierra y los mares, el Oriente y el Occidente; tales eran á los mismos ojos de la razon los medios mas adecuados al cumplimiento de este gigantesco desigño, y tal era tambien el carácter distintivo del imperio romano y el primer objeto de su mision.

Daniel lo habia vaticinado con grande energía, cuando Roma estaba aun en la cuna. *El cuarto imperio, dice el Profeta, semejante al hierro que despedaza y rompe todos los metales, vencerá tambien y derrocará á todos los otros* <sup>1</sup>. Y en otro paraje le representa como una bestia temible que tenia cierta cosa de maravilloso y aterrador. *Estaba armada, nos dice, de dientes de hierro de horrible magnitud; lo devoraba todo, lo hacia todo pedazos, y pisoteaba lo que no destrozaba* <sup>2</sup>. El mismo Profeta, que habia visto en lo por venir el formidable poder del imperio romano, nos lo muestra tambien como el preparador del reinado inmortal de nuestro Señor Jesucristo. *Será, nos dice, reemplazado por otro imperio, que, formado sin auxilio alguno humano, se extenderá sobre todos los reinos, y este nuevo imperio será eterno* <sup>3</sup>.

Estas pocas palabras del Profeta contienen toda la filosofía de la historia romana, como los anteriores oráculos nos explican el secreto del nacimiento, grandeza y caída de las demás monarquías. Sabemos ahora que los romanos, diferentemente de los demás pueblos de la antigüedad, hicieron consistir una parte de su gloria en cubrir la tierra con aquella inmensa red de magníficas vias cuya solidez excita aun el asombro de la ciencia moderna; por qué vencieron siempre á sus enemigos; por qué su imperio, ensanchando cada dia sus límites durante ocho siglos, acabó por no conocer mas confines que los del mundo y por absorber en su vasto seno todas las naciones; por qué, tras las mas largas y sangrientas guerras cuyo recuerdo haya conservado la historia, suspenden repentinamente su marcha en todos los puntos del globo, doblan sus banderas y dejan reposar tanquilamente sus armas; por qué, en fin, por los años 4000

<sup>1</sup> Dan. II, 40.

<sup>2</sup> Id. VII, 7.

<sup>3</sup> Id. II, 44.



del mundo el universo disfruta de la paz mas universal que nunca se haya conocido. Entonces es cuando el Mesías, el Príncipe de la paz, hacia su entrada en el mundo por la pequeña ciudad de Belen.

Faltaba la segunda parte del decreto divino, en virtud de la cual el Mesías debía nacer en Belen y ser auténticamente reconocido por hijo de David: al imperio romano pertenecia la gloria de procurar su cumplimiento. No hemos olvidado que Jacob habia anunciado desde su lecho de muerte que el Mesías vendria cuando se sentase en el trono de Judá un rey extranjero á la nacion judía. Despues de la derrota de Pompeyo, Antonio, cónsul romano, pasó al Asia y confirmó á Herodes, idumeo de origen, en el gobierno de Galilea. Hé aquí el primer acto que desposee públicamente del poder soberano á la casa de Judá. Antonio no se limitó á esto; cuando volvió á Roma, supo conciliar á Herodes el favor de Augusto, que poco tiempo despues llegó á ser emperador. El nuevo soberano del mundo decidió fácilmente al senado romano á dar á Herodes, por medio de un decreto solemne, el título de *rey de los judíos*, y bajo este concepto Herodes fue conducido al Capitolio y coronado con las ceremonias de costumbre. Jacob habia fijado diez y ocho siglos antes esta época precisa, en que el antiguo cetro de David y de Judá pasaria á manos de un extranjero, para la venida del Mesías. Y en efecto, habiéndose cumplido entonces los siglos designados por el Profeta, nuestro Señor vino al mundo, á la caída del reino de Judá, bajo la cuarta monarquía, á fines de las setenta semanas marcadas por Daniel, antes de la ruina del segundo templo que el Señor debia honrar con su presencia, y en el momento en que por todas partes se estaba en la expectacion general y próxima de su advenimiento.

Si Jacob anuncia que el Deseado de las naciones vendrá cuando el cetro salga de Judá, el profeta Miqueas añade que verá la luz en Belen. Tambien el imperio romano se encargará de realizar esta última circunstancia. José y María habitan en Nazaret; su pobreza, el rigor de la estacion, el estado de la augusta Virgen, todo se opone á un viaje; pero no obstante el Mesías debe nacer en Belen. Dios, que hace servir las pasiones de los hombres para el cumplimiento de sus designios, se aprovecha de un capricho ó de un impulso de vanidad y codicia de parte de Augusto, para coronar la realizacion de las profecias. Este Príncipe expide el famoso edicto que obliga á todos los jefes de familia, en toda la extension de su imperio, á

presentarse en el lugar oriundo de su casa para inscribirse en los registros públicos; y José y María parten á Belen, se cumplen los oráculos, y Augusto es, como Nabucodonosor, Ciro y Alejandro, el ministro subalterno y el humilde servidor del Omnipotente. Hé aquí de qué modo ha hecho Dios que los acontecimientos y los imperios contribuyan á la gloria del Mesías y al establecimiento de su reinado eterno.

Terminemos la historia de esta preparacion evangélica, tan llena de grandeza y majestad, con una reflexion propia para alear nuestras almas y henchir nuestros corazones de religion. Los autores profanos han atribuido la elevacion y la caída de aquellas monarquías, las mas poderosas que el mundo ha conocido, á la habilidad, al valor ó á los defectos personales de sus emperadores, sin ver mas que la causa aparente; pero los Profetas han llevado mas léjos sus miras, y han visto al gran Dios que reina en lo mas alto de los cielos, empuñando las riendas de todos los imperios, y haciendo servir las pasiones, las virtudes y los vicios de los Reyes y de los pueblos para el cumplimiento de su grandioso designio, la salvacion del género humano *por medio del establecimiento* del reinado de su Cristo. Ahora bien; Dios no ha abdicado; él es quien dirige aun todos los acontecimientos y todas las revoluciones que consuelan ó trastornan el mundo, y eleva ó humilla á los conquistadores para el cumplimiento de su grandioso designio, la salvacion del género humano *por medio de la conservacion y la propagacion* del reinado de su Cristo.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por todo cuanto habeis hecho para mi salvacion. Es pues cierto, Dios mio, que desde el principio del mundo todo se hacia por Jesucristo mi Salvador; pero este Salvador es para mí, y yo para Vos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *adoraré vuestra Providencia en todos los acontecimientos.*